

## LA PLENITUD DE LOS TIEMPOS.

El pecado original, en el plan divino, fué un acontecimiento verdaderamente dichoso.

La invasión del pecado es lo que decide en los consejos de la sabiduría divina, el plan admirable de la encarnación reparadora.

El amor ni conoce ni permite dilaciones.

Si Dios ha determinado encarnarse para salvar al mundo, ¿porqué demora su venida?

¿Porqué no desciende á la tierra en la aurora de los tiempos y evita que eternamente perezcan los que están esperando su venida?

Santo Tomás, que es nuestro guía, responde á estas preguntas con su siempre admirable exactitud, con ese acierto que hace descubrir una inspiración celeste.

“La sabiduría de Dios, dice el gran Doctor, arregla todas sus obras; los tiempos están en su mano y ella designa el instante á propósito para cada acontecimiento. Debemos, por lo mismo, creer que ella ha escogido, para el más importante, para el más sublime, para el más misterioso de los acontecimientos,

la época más conveniente. Nuestra limitada sabiduría habría querido el principio de los tiempos, la sabiduría infinita, aguarda su plenitud, según esta palabra de San Pablo á los Galateas; Mas cuando vino la *plenitud del tiempo* envió Dios á su Hijo, hecho de la mujer.”

Es decir, el Verbo se hizo carne cuando los tiempos estaban llenos; llenos, por una parte, de errores y de crímenes; llenos, por otra, de promesas y de prodigios.

“El hombre había pecado por orgullo, dice Santo Tomás, y convenía, en consecuencia, que fuese humillado, hasta que él mismo reconociera, por una experiencia dolorosa, que necesitaba de un ser que le libertara de tantos dolores, de tantas angustias, de tantas ignorancias y de tantos errores.”

“La experiencia, dice el P. Monsabré, demostrándonos que por nosotros mismos no somos más que miseria, desmentiría los sueños insensatos de nuestra imaginación exaltada por la soberbia; revelándonos nuestra debilidad intelectual, nos haría sentir la necesidad de un maestro abrebado de las luces del cielo; poniendo al desnudo nuestra corrupción moral, nos forzaría á implorar el socorro y los cuidados de un médico divino.”

“La experiencia, continúa el P. Monsabré, aceptaría el beneficio de Dios con tanto más ardor y fe, cuanto fuese más impacientemente aguardado; sin hacernos merecer este beneficio, nos haría menos indignos de él, permitiéndonos expiar, por nuestros humildes deseos, el orgullo que fué el principio de nuestras inmensas desgracias.”

A raíz de la caída, cuando la naturaleza humana estaba llena de vigor y de lozanía, no habría podido medir el abismo profundo á que la había precipitado su insensata desobediencia.

Aun hoy, después de tantos siglos de experiencias dolorosas, y sobre todo, después de tantos siglos de cristianismo, la razón humana tiende todavía á propagar principios y á enseñar doctrinas que espantan y aterran.

Todavía hoy pretende que las solas evoluciones de la naturaleza han obligado á lo infinito á conocerse á sí mismo en lo finito; todavía hoy rebaja la realidad de nuestros misterios á la condición de un puro símbolo de los progresos que ella realiza con sus propias fuerzas; todavía hoy considera la revelación y la redención como superfluas, inútiles y humillantes para la dignidad humana.

Y si hoy, cuando el hombre sin querer, sin confesarlo al menos, se aprovecha de la penetración de las luces y de las gracias de la encarnación, porque de ellas están llenos los medios en que se ejercitan actualmente nuestras facultades intelectuales y morales; si aun hoy mismo se olvida la vergonzosa y larga experiencia que la humanidad ha hecho de su impotencia, ¿qué no pasaría en los comienzos del mundo, cuando el hombre, volvemos á repetir, acabado de salir de la mano de Dios, sentía en su ser un vigor casi infinito, una naturaleza casi divina?

Era, pues, preciso que la encarnación se retardara; era necesario que el hombre viera hasta dónde podía llegar en los excesos de su soberbia.

Y así sucedió; los siglos anteriores á la redención presentan á la vista el más espantoso cuadro de las aberraciones humanas; descubren al ojo menos observador las espesas sombras de crímenes sin nombre.

La noción del verdadero Dios se oscureció por completo.

El mundo antiguo quiso hacerse un Dios, mezcla confusa de todos los seres, un espíritu que

es materia, un infinito que progresa, una inmensidad que se mide, una eternidad que pasa.

Otras veces es un principio omnipotente que comparte con el mal eterno el imperio soberano de las cosas; una mónada solitaria y abstracta, un número árido, cuyo espíritu no puede concebir las misteriosas evoluciones.

En otras ocasiones es una masa reducida que trabaja sobre la materia, sin poderle dar el ser; un monarca egoísta que se encierra para gozar en los palacios de su gloria y deja que el mundo marche á los caprichos del acaso.

Para unas escuelas, es un destino implacable que ahoga la libertad y cierra los oídos á las súplicas de la humanidad miserable.

Para otras, es la razón que se llama naturaleza, la materia infinita, eterna, subsistente por sí misma, sacando de su vasto seno todas las existencias

Ignoraba el mundo antiguo de dónde venía el hombre: las tradiciones le daban un padre, del que los dioses mismos habían recibido la vida.

El antiguo mundo no sabía lo que éramos.

Aquí éramos brutos, allá partículas de lo infinito: hoy el hombre tenía una alma, mañana tenía tres.

Para unos el alma era un espíritu, para otros una agregación de átomos, para aquellos un fuego sutil cuya tensión era infinita.

La regla de conducta era incierta.

Unas escuelas querían que consistiera en la contemplación de lo bello, otras en la libertad de dejarse ir á los caprichos del destino.

Unos filósofos aconsejaban poner orden en las sensaciones, medir el placer con la fuerza del temperamento, hacían consistir la moral en el deleite.

La más sabia filosofía, exageraba el honor de la virtud en provecho del orgullo, mientras la voz popular invitaba al hombre á que imitase á los dioses, fabricados por la pasión.

El destino del hombre no podía conocerse.

Unos enseñaban que el hombre iba á perderse sin recuerdos en el infinito; otros, que rodaba, sin fin, de un cuerpo á otro, perseguido siempre por sus debilidades, en todas sus transmigraciones.

Para algunos, el destino final del hombre era alcanzar la posesión de un paraíso sensual, que no sería más que la prolongación de nuestras felicidades terrestres; para otros, el extinguirse miserablemente en los abismos de la nada.

Nada podía saberse sobre estos particulares, de todo se dudaba.

A esta síntesis aterradora, de los extravíos de la inteligencia, hay que agregar la síntesis más aterradora de los crímenes en que estaba sumido el mundo que vivió más allá de la cruz.

Los vicios, bajo figuras humanas, habían sido elevados á los honores del apoteosis.

Había tantos dioses, como execrables pasiones se escondían en las entrañas del hombre: de ellos se imploraba criminal asistencia.

En los hermosos versos de Persio y de Horacio, de Juvenal y de Terencio, encontramos delineadas esas plegarias que se hacían á las divinidades para que ampararan los crímenes.

*Pulchra Laverna*, decía Horacio,

*Da mi fallere, da justo sanctoque videri.*

En la familia, el padre era un tirano; la mujer, olvidada, deshonrada, maltratada, repudiada, vendida según los caprichos de un amo sin respeto á su dignidad de madre; el hijo, tratado al nacer como un animal, implacablemente condenado á muerte, si no prometía ser un vástago robusto, por el brutal ciudadano á quien debía la

vida; el esclavo, considerábase como una bestia de carga, desnudo de personalidad humana.

*Servi pro nullis habentur*, decían los afamados jurisconsultos de Roma.

La guerra, sin derecho de gentes, entregando naciones enteras á los vencedores, y legitimando, respecto de ellas, toda clase de barbaries; incendio y destrucción de las ciudades, devastación de los campos, matanza de niños, raptos de mujeres, carnicería de prisioneros, esclavitud de reyes, arrastrados, con la cadena al cuello, tras del carro de los vencedores.

El orgullo de casta, aplastando á los pequeños; la concusión, agotando las provincias; la usura, devorando las economías del ciudadano, el salario de los artesanos, el pan de los pobres.

Los indigentes odiados y arrojados, de los esplendores de la ciudad, como inmundicias que repugnan.

Las riquezas sin medida, al lado de la miseria sin esperanza.

El pueblo ávido de combates sangrientos convertidos para él en sitios de recreo.

Los Césares pidiendo incienso y decretando un culto para sus estatuas.

Y todos estos crímenes no eran una cosa accidental, contra la cual protestaran las costumbres generales: eran hábitos que habían pasado á la sangre de las naciones y que se desenvolvían con facilidad bajo la triple influencia de la opinión, de las leyes y de la religión.

Tal era, en brevísima síntesis, el estado que presentaba el mundo antes de Cristo.

La historia da testimonio de su exactitud.

Esos errores y esos crímenes, apenas ligeramente bosquejados, fueron los frutos del hombre abandonado á sí mismo.

Ellos ponen de resalto lo que puede la omnipotencia de la razón humana.

Los tiempos estaban llenos: la copa desbordaba.

---

Los tiempos estaban llenos no solo de errores y de crímenes, sino, también, de promesas, de prodigios y de esperanzas.

Caído el mundo antiguo en aquel abismo, sin medida, de absurdos é iniquidades, no desesperaba, sin embargo, de salir de ese océano lleno de sombras, de lágrimas y de sangre.

Hay siempre, en el fondo del alma humana, un resto de rectitud que la ilumina sobre sus miserias y la invita á humillarse.

La esperanza de un libertador había caído del cielo, al mismo tiempo que la maldición que condenaba á la mujer á dolorosos alumbramientos.

Esa rectitud que siempre hay en el fondo del alma, el recuerdo de aquella promesa y las tradiciones que iban conservando, á través de las edades, esa esperanza divina, despertaban y mantenían en el corazón de la humanidad una fuerza oculta que le daba aliento para poder asirse, según la bellísima expresión del P. Monsabré, en aquel universal naufragio, del cable salvador que debía retirarla de los abismos del error y del vicio,

A esa esperanza volvían siempre sus ojos las almas, espantadas por las sombras de la muerte, que se extendían sobre el género humano.

Todos los patriarcas, desde Adán, deseaban ver el día del Señor.

Los verdaderos Israelitas se inclinaban, con piadosa angustia, sobre el porvenir y hacían escuchar sus gritos suplicantes.

Sorprendidos por la muerte, no se creían engañados, sino que se dormían con la dulce confian-

za de que un día el enviado de Dios, el libertador, vendría á visitar sus tumbas y á tocar, con mano piadosa, sus olvidadas cenizas.

“Señor, decían, nosotros esperaremos al que debe salvarnos.—Excita tu poder y ven á libertarnos.—Muéstranos tu rostro y quedaremos salvados.”

“Ten piedad de nosotros, decía Tobías: apiádate de nosotros, agregaba Isaías, porque te hemos esperado.”

Este profeta, con su lenguaje divino, lanzaba estos clamores: “Ojalá y abrieras los cielos y descendieras al mundo.—Cielos, esparcid vuestro rocío y que las nubes lluevan al justo.—Abrase la tierra y germine al Salvador.—Envía, oh Señor, al Cordero dominador de la tierra.—Lo hemos esperado y él nos salvará.”

Semejantes á esos murmullos, á esos ruidos, á esas explosiones de voz, que animan á la naturaleza, cuando la aurora se acerca, las plegarias, dice el P. Monsabré, se hacían más ardientes, á medida que avanzaban los tiempos.

Los deseos llegaron á su colmo cuando el viejo Zacarías, morador de la montaña de Judea, ex-

halaba aquel canto divino que la Iglesia repite, día por día, para alabar al Señor.

“Bendito sea el Señor Dios de Israel, decía aquel anciano, porque nos visitó y obró la redención de su pueblo.”

Y no era sólo de Israel, de donde brotaban estas plegarias y estos suspiros: una agitación santa se hacía sentir en todos los pueblos.

El Oriente y el Occidente llamaban á un Salvador.

Las grandes ciudades, los centros incultos de los bárbaros, los bosques salvajes, las islas extraviadas y los continentes lejanos, aguardaban su venida.

Los Chinos dirigían su mirada al Occidente, de donde debía venir el verdadero santo, enviado de Dios.

Los Indios aguardaban la encarnación de *Virch-nou*, para reparar los males hechos por el antiguo dragón.

Los Egipcios saludaban de lejos al hijo de la mujer que había de extinguir la rabia de *Typhon*.

Los Persas, enseñados por los magos, ponían el oído hacia la palabra del primer principio, cuyo nombre era: *Yo soy*.

Los Mexicanos y los Escandinavos, esculpían en

la roca viva y sobre los monumentos la imagen del Dios que había de aplastar á la gran serpiente.

Los Druidas de la Gaula, levantaban una estatua y un altar á la Virgen, cuyo Hijo era esperado.

La Grecia esperaba un vástago que había de traer el reino de la justicia.

Mientras que los poetas avivaban esta esperanza, Platón, el divino, la confirmaba sin vacilaciones.

Ya en el dintel de la Nueva Era, Virgilio cantaba en hermosísimos versos, la esperanza del universo:

*Iam nova progenies cælo dimmittitur alto.*

“El propósito de Dios, dice el P. Monsabré, estaba llenado: quería humillar nuestro orgullo por una larga experiencia de nuestras miserias intelectuales y morales y hacer concurrir nuestra libertad, por el deseo, al cumplimiento de su obra reparadora. Necesitaba tiempo para ello; tomó cuarenta siglos... Debemos creer que la sabiduría divina conduce, como es debido, sus cálculos.”

Los tiempos estaban llenos de crímenes y horrores: Dios iba á iluminar el mundo, Dios iba á curar á la humanidad enferma.

Los tiempos estaban llenos de deseos: Dios iba á colmarlos.

Si las dilaciones de la Encarnación eran debidas á nuestra libertad y á nuestro orgullo, lo eran igualmente á la majestad del Salvador que había de venir.

“No fué conveniente, dice Santo Tomás, que Dios se encarnara inmediatamente después del pecado: él conduce las cosas por un orden progresivo que va de lo menos perfecto á lo perfecto.”

La creación no se ha realizado de un golpe: á la materia confusa, ha sucedido la materia ordenada; en la materia ordenada la vida brota, y la vida, rudimentaria y oscura, desde el principio ha ido poco á poco desenvolviéndose y perfeccionándose, para formar los reinos, las familias, los géneros y las especies.

“Aunque la creación no ha podido medir todavía, de una manera exacta, la duración del tiempo de la acción creadora, dice el P. Monsabré, ni definir las modificaciones que ha sufrido el mundo antes que Dios lo juzgase digno de ser el palacio del rey de las creaturas, no nos queda duda sobre la verdad de una larga y paciente operación, que ha medido sabiamente los plazos para hacernos seguir y admirar sus progresos.”

Cuando el hombre iba á aparecer en el Paraíso,

ya todo estaba perfecto, *cuncta erant valde bona*.

Si, con respecto al hombre, Dios debió proceder lentamente á la preparación de su morada, no debió seguir otro camino para preparar la venida de su Verbo, hecho hombre.

Necesitábase una preparación en armonía con la dignidad de su persona y con la importancia de la obra que venía á llenar.

“Como el sol de la naturaleza, dice el P. Monsabré, es precedido de una alba tímida, que blanquea el horizonte, y de una aurera sonriente, cuya púrpura colora las nubes del cielo y las crestas de las montañas, el sol de la gracia debía ser precedido de una alba, la era patriarcal; de una aurora, la edad profética.”

Era necesario imponer al género humano la fe en un misterio profundo é incomprensible, que las humillaciones, los sufrimientos, la muerte del Redentor, habrían de hacer más incomprensible todavía.

Dios podía secretamente mover á las almas, para atraerlas á su Hijo, pero, respetando su libertad, ha querido mejor ofrecer al hombre una prueba palpitante que, sin hacerle comprender el mis-

terio, le dé la seguridad de que es un hecho cumplido.

Por eso, en el curso de los siglos, hace aparecer las figuras que dibujan á su Hijo divino y los oráculos que anuncian su venida.

Abel, la primera víctima del odio envidioso de un hermano; Noé, constructor de la Arca y salvador del humano linaje; Melchisedec, sin genealogía, que ofrece á Dios el sacrificio del vino y del pan; Abraham, padre de una raza incontable; Isaac, cargado con la leña del sacrificio; Jacob, fuerte contra Dios; José, traicionado y vendido por sus hermanos; Moisés, salvado de las aguas y legislador de la nación santa; Aron, jefe del sacerdocio, y Sansón, triunfando en la muerte, delineaban, con los rasgos más vivos, á Cristo, Redentor de la humanidad.

Pero las figuras no son más que promesas imperfectas; no se les ve en toda su luz, sino después que aparece la realidad.

Ellas solas no podían llenar los siglos.

Eran necesarias predicciones ciertas, precisas, continuas, que de antemano fijasen en rasgos luminosos la vida toda del esperado libertador.

Adán escucha á la sombra del árbol, donde in-



fringiera el mandato divino, una palabra de esperanza; Abraham anuncia á Isaac que en él serán benditas todas las naciones de la tierra.

Los profetas anuncian, con admirable exactitud, que el Redentor nacería de una Virgen, que este admirable vástago sería un niño prodigioso, que ya hombre, su palabra se haría escuchar por todas las partes de la tierra, que predicaría los preceptos del Señor, que sería el Doctor de la justicia, que despertaría á los que durmieran el sueño de la muerte, que sería traicionado por los suyos, que aquellos á quienes él amaba se declararían por sus enemigos, que el que lo entregase recibiría treinta dineros, que sus piés y sus manos serían abiertos y contados todos sus huesos, que sería el último de los hombres y que conocería todos los secretos del dolor y del sufrimiento.

Anuncian, también, con inequívoca frase, que el precio de sus dolores sería la salvación del mundo, que su sepulcro sería glorioso, que Dios no permitiría que su santo viese la corrupción, que sería el príncipe de la paz, que su dominación se extendería de un mar á otro mar y hasta los más apartados extremos del mundo, que su imperio se

multiplicaría y los ídolos caerían ante él, que su reino, por fin, duraría siempre.

Cuarenta siglos estaban llenos de esas figuras y de esas profecías: la humanidad iba mirando en ellas, rasgo por rasgo, línea por línea, á aquel Salvador por quien el mundo suspiraba con tantas ansias.

Esos mismos siglos estaban llenos de prodigios.

Prodigio eran las vidas de los patriarcas, cuyas almas estaban en estrecha relación con el cielo, cuyos pasos eran guiados por el ángel del Señor cuyas tiendas viajeras eran respetadas por todas partes.

Eran prodigios la vocación de Moisés, las playas de Egipto, la marcha triunfal de los Israelitas entre muros que el mar formara.

Prodigios eran el maná y la peregrinación por el desierto, los rayos del Sinaí, el aplastamiento de los muros de Jericó, los triunfos de Gedeon, el valor de esas mujeres atrevidas, que mataban al enemigo y salvaban á su pueblo, la grandeza de David y la sabiduría del Salomón.

El mundo también estaba lleno de grandes catástrofes.

Ninive cae aplastada bajo los golpes de Babi-

lonia; en una noche cae ésta en manos de los Persas; éstos llevan á la Africa sus armas victoriosas; pero la Grecia comienza á levantarse: aunque Darío sea justo, valiente, amado de sus pueblos, no puede sostenerse contra la audacia que dirige el genio: Alejandro triunfa de Babilonia: la tierra estupefacta no responde á sus victorias, sino con el silencio.

Aparece Roma, más voraz que los animales que la han precedido en el camino de los siglos: ella se apodera de todo, de las leyes, de las costumbres, de los hombres, de los dioses. El mundo está unificado: los caminos que abren los Césares de Roma, ligan con la metrópoli del mundo á todos los pueblos de la tierra.

La esperanza en el libertador, también, está viva por todas partes: los hijos de Jacob se hallaban extendidos por toda la tierra: tenían cuarteles hasta en el centro de Roma: los gentiles, bajo su influencia, podían avivar sus recuerdos, corregían sus tradiciones y venían á unirse á la esperanza de un Salvador.

Así quedaba preparada la venida de Cristo.

Los tiempos estaban llenos: la hora de la redención había sonado.

La majestad de Cristo encontraba ya al mundo dispuesto y preparado para escuchar su palabra.

#### EL PARAISO DE LA ENCARNACION.

Una labor paciente y dilatada fué necesaria para preparar, en el orden material, al mundo que había de recibir al rey de la naturaleza.

Larga y paciente fué, del mismo modo, la preparación, en el orden moral, del mundo que había de recibir al Rey de la gracia.

No satisfecho el Señor con haber preparado el universo para que recibiera al hombre que iba á crear á su semejanza y á su imagen, determinó, cuando ya el mundo aparecía con todos los encantos de una belleza admirable, disponer un lugar de delicias en que la naturaleza más ardiente y más fecunda, prodigase sus dones para arrebatarse las miradas del hombre y lisongear sus sentidos.

Una fuente se derramaba en aquel sitio por cuatro corrientes, cuyas olas apacibles arrastraban lentamente el oro, mezclado con las piedras más preciosas.